

LOS VENTANALES (O VENTANITAS) DEL AMOR

Ya se sabe que en la inmensa mayoría de los casos, los primeros dardos del amor nos entran por los ojos. Lo corriente es que sean los ojos los que nos lancen las primeras señales de alarma: «¡Cuidado!», parecen decir; «esa persona que estás viendo delante de ti, posee ciertos rasgos que te remueven de un modo que no es el habitual. ¿Qué va a pasar aquí? ¿Qué es esto, que se ha puesto en marcha en tu interior, sin que lo hayas llamado y sin que puedas evitarlo?...»

A no confundirnos: no hablo para nada de las emociones que puede despertar, en cualquiera, una persona especialmente atractiva. Estoy hablando de algo mucho más grave y de fondo: esos resortes secretos, tal vez inasibles, que mueven en alguien (en mí, en usted, en aquél) los rasgos de otro ser, rasgos que para otros pueden pasar inadvertidos y no mover un pelo, pero que para nuestro ser más recóndito resultan sacudidores, aunque rara vez podamos explicar por qué.

El erotismo es eso, en definitiva: un proceso específico, único, incanjeable, que desata en nuestro interior subversiones secretas, que escapan a nuestro entendimiento, a toda apreciación de orden lógico, en medio de un proceso que se siente inmanejable, ingobernable por nosotros mismos.

Pero eso no quiere decir, ¡en absoluto!, que nos quedemos en lo visible del otro ser. Por el contrario: eso que vemos, y que despierta esa atención que todos llevamos agazapada en las profundidades, opera más bien como un disparador que de inmediato nos va a llevar mucho más allá de lo visual. Es que recién allí empieza, a partir de lo visto, una navegación en dirección a la hondura de ese otro ser.

Puede que después nos enamoremos de esa persona, o quizás no (¡depende de químicas tan sutiles!); pero en el arranque, en el origen de cualquier proceso erótico, se encuentra ese «sismo visual» que nos incita a aventurarnos hacia lo más hondo de la otra persona. Y comenzará entonces esa danza de que está tejida la trama de todo amor: concordancias desconocidas, lazos secretos, afinidades a veces indiscernibles...

Por cierto que no es la vista la única puerta de entrada del erotismo. Bien puede ser el oído el umbral que nos tienta: la seducción de una voz, de ciertas inflexiones, de algunas músicas del decir, que de modo sutil nos transportan más allá de nosotros mismos (y aquí ha aparecido una posible definición -dual- del amor, que a mí me parece particularmente certera: sería la potencia capaz de llevarnos más allá de nosotros mismos... al tiempo que nos empuja hacia el centro más puro de lo que somos).

¡Y cuánto puede jugar el olfato en la revelación de los estados amorosos que van a iniciarse!: tanto si son aromas naturales como perfumes preparados con toda alevosía por maestros verdaderos en la psicología del juego erótico...

Del tacto no hablemos, pues es más que sabido el protagonismo capital de este órgano sensorio en los trámites del amor (aunque no tanto, tal vez, en los comienzos mismos).

Y hasta el gusto aparece aportando matices que pueden ser capitales en ciertas instancias: la cursilería tradicional no ha dejado de mencionar «la miel de tu boca», «el sabor de tus besos», amén de otros arrebatos gustativos menos consignables.

Esta enumeración no debe inducirnos a error: jamás los sentidos operan uno por uno, como aquí los fui inventariando. Lo común es que se sumen y concierten, en combinaciones que suelen ser letales para el elegido (¿o incauto?) a quien le ha llegado la hora agraciada de la experiencia amorosa...

Por eso no me ha parecido nada desmesurado llamarles a los órganos sensoriales «los ventanales del amor», porque es a través de ellos, y gracias a ellos, que nos asomamos al paisaje de ese otro ser que va a posesionarse de nosotros.

Esto haría pensar a algún desprevenido que nuestros sentidos, por ser los venturosos portales que llevan al amor, han sido objeto universal de culto en las más variadas civilizaciones. Nada más equivocado, por cierto. Al revés de lo que sería previsible suponer, los sentidos han tenido siempre una pésima imagen, han sufrido toda clase de embates y

vituperaciones a lo largo de la historia. ¿Qué se les ha echado en cara?

La acusación más virulenta provino, claro está, de la moral sexual. Es obvio, como acabamos de ver, que el portal del erotismo, y por tanto del sexo, son los sentidos, a través de los cuales -separados o concertadamente- nos llegan las señales y los impulsos de la atracción. Y en casi todas las religiones más «avanzadas» o «civilizadas», el sexo fue el gran «susto», la obsesión desmedida que acompañaba al hombre desde su nacimiento hasta su tumba.

No por nada el sexo fue diabolizado por esas religiones como principal causante de la condenación eterna: por pecados sexuales, más que por ningún otro, se perdía la vida perdurable en un Más Allá imaginado edénico.

Es casi inevitable que, si al sexo se le teme hasta tal punto, corra pareja una condenación de los sentidos mismos, sus ventanas, sus servidores. Y así ocurrió, en efecto: el rechazo a los sentidos, el temor a sus efectos, fue nota infaltable en las civilizaciones más firmemente represoras de la sexualidad.

Un segundo embate contra los sentidos provino de las vertientes místicas en sus más variadas manifestaciones. La mística -y en su extremo el ascetismo- vio siempre la vía espiritual, el camino de elevación hacia Dios, en el apartamiento del mundo y la búsqueda interior. Y son los sentidos, los temibles sentidos, los que nos presentan al entorno recamado de seductores coloridos y atractivas vestiduras. Ese encanto externo nos atrae y nos arrastra, apartándonos así de la vía espiritual -única válida- hacia la Salvación.

La tercera andanada provino de uno de los mitos más poderosos que haya creado jamás el espíritu humano: la Ciencia positiva.

La Ciencia moderna ha venido acusando a los sentidos de suministrar informaciones falaces para el conocimiento de la realidad. Y el reproche, a decir verdad, parece pertinente: los sentidos son demasiado cándidos, se dejan llevar por las meras apariencias de superficie y así es inevitable que nos proporcionen datos erróneos y hasta disparatados.

(Si hubiéramos quedado atendidos a lo que los sentidos nos presentan, hoy seguiríamos convencidos de que la tierra es plana y no se mueve, que el sol es un disco dorado y no una esfera, y que las estrellas son tachuelas luminosas fijadas sobre un telón de terciopelo negro...).

De modo que hace bien, rematadamente bien, la Ciencia positiva en desdeñar a los ineptos sentidos. No obstante, démosle entrada aquí a un deslinde obvio, pero capital: el hombre no es sólo ciencia positiva. Hay otras dimensiones del obrar que son no menos fundamentales para la existencia humana, y que dependen en medida primordial de la sensorialidad.

Por lo pronto, y empezando por lo más infantil de todo: los sentidos nos permiten movernos en el mundo sin tropiezos. Si el sentido de la vista no nos alertase a tiempo que allí, frente a nosotros, se levanta un muro que nos cierra el paso, nos daríamos de manos a la boca contra tamaño obstáculo.

Pero también esos desdeñados sentidos nos permiten una relación muy viva de alcance estético con el contorno, combinando una orquestación de colores, de formas, de sonidos, de palpaciones, de sabores, de gustaciones. ¡Casi nada! Y es que abundan -por fortuna- los seres de cierta altitud espiritual, capaces de valorar, por sobre tantas experiencias triviales o meramente utilitarias, ésta de contemplar, maravillados, el encantamiento estético que el entorno organiza a nuestro alrededor, y que llega hasta nuestra sensibilidad a través de los registros sensoriales.

Pero hay todavía otra forma más de nuestra relación posible con el mundo, que me parece la de mayor trascendencia. Cuando digo «mundo», «relación con el mundo», me estoy refiriendo muy específicamente a ese escenario chiquito, en apariencia poco significativa, en el que se desenvuelve nuestro accionar

de cada día.

Porque, como es obvio, yo no percibo ni galaxias, ni quasares, ni agujeros negros, ni anti-materia, ni espacios siderales, ni neutrones, ni electrones, etc.; entidades todas de las que tenemos únicamente noticia científica, pero hasta donde nuestros sentidos no llegan. Nuestra relación más directa -y sabrosa- con el cosmos se establece con el entorno, campo único donde puede hacer pie nuestra percepción sensorial.

Ahora bien; ¿qué importancia profunda tendría ese acercarnos al lindísimo mundo circundante, a «lo inmediato sensorial», diríamos? ¿Por qué entablaríamos trato directo con él? ¿con qué finalidad precisa?

Yo creo que la respuesta que demos a esta pregunta, depende de la cosmovisión que sustentemos y del cuadro de valoraciones que nos rijan.

Para poner un caso (que en definitiva es el mío): yo no me puedo sustraer a la vivísima emoción de comprobar con mis sentidos que el mundo está ahí, rodeándome, enmarcándome; que las cosas, las singulares y delectables cosas, también me acompañan tan de cerca; y yo las registro y las palpo con encantamiento. Y además sucede que todo eso que veo, me resulta profundamente misterioso y seductor, yo no sé de dónde salieron esas cosas y para qué están puestas en ese mundo exterior que tanto me fascina.

De modo que yo no puedo pasar deslizado como si nada frente a ese mundo tan inexplicable, con ese aire casi mágico que nos muestra. Me quedo como paralizado de asombro ante él, y ese mundo pasa a ser, por consiguiente, algo de primordial importancia para mí. Y es entonces perfectamente natural que un impulso muy vivo me lleve al encuentro de ese contorno, y que quiera conectarme con él, «dialogar» afectivamente con él.

Aquí apareció la palabra clave: «afectivamente»; pues en rigor es a eso a que me estoy refiriendo: a un vínculo afectivo con el mundo inmediato. Estoy hablando de amor, en suma. Es que yo no puedo concebir el vivir si no es como un cósmico -o religioso- acto de amor que nos liga al mundo (mediato e inmediato), y nos conecta entrañablemente con él.

Ahora bien: ¿con qué instrumentos contamos para ese contacto amoroso con el mundo? Aquí, por tratarse de un amor genuino, vuelve a repetirse lo mismo que dijimos al principio acerca del amor humano: son los sentidos los ventanales (o las «ventanitas») que nos permiten asomarnos hacia el objeto amoroso -persona en un caso, ahora el mundo externo-, y luego afincarnos en él.

Y es ésta una función -¡y qué principal función!- que quizás nunca se le atribuyeron a nuestros benditísimos sentidos. ¡Resulta que para eso, más que nada, «sirven» nuestros órganos sensoriales: para abrirnos al mundo, para hacer posible que lo amemos! Nada que ver con la Moral, con el Pecado, con el Sexo; nada que ver con el extravío de nuestra Vida Eterna; nada que ver con el rigor del Conocimiento Científico...

Quién sabe cómo verá o «leerá» cada cual ese mundo: unos lo entenderán como obra de Dios, otros como presencia de Dios mismo, o como un Algo que no podemos explicar, o como se quiera; pero en cualquiera de esos casos el mundo externo se ha convertido impensadamente en lo que nunca fue hasta ahora (al menos en las culturas de Occidente): en una escala ascensional que nos permite trepar apasionadamente hacia la trascendencia.

Me gusta formular esto mismo de otra manera, que reconozco muy inquietante para nuestros oídos occidentales: los sentidos nos sirven para el placer de ser. (¡Si serán fundamentales las palabras y cómo se presentan! Si yo hubiera dicho solamente «los sentidos nos sirven para el placer», se habrían levantado antiquísimas voces venidas desde los fondos de la historia, que tanto temieron y execraron al placer. Pero muy distinto se vuelve todo si yo digo, en cambio, que los sentidos nos sirven «para el placer de ser»).

Y este placer de ser es, en mi sentir, la pasión capital que debe movernos, el principalísimo objetivo de nuestro vivir. Después vendrán a colocarse todos los demás placeres que se quiera; pero siempre se subordinarán a ése, central, básico, que debe guiarnos.

¿De modo que vendríamos al mundo sólo para el placer? Ah, yo creo que sí, a no dudarlo. ¡Y qué trivial resuena esto en los oídos mal acostumbrados! Vivir para el placer se llama hedonismo; y al que vive persiguiendo el placer se le llama «hedonista». Dos términos que también han tenido siempre muy mala recepción. Pero ello se debe a una asociación indebida: el hedonismo, y el hedonista, se han asociado siempre con la búsqueda de placeres triviales, de superficie, hasta vulgares.

Yo pienso, en cambio, que ese hedonismo de ser no debe arredrarnos ni avergonzarnos, ni debemos permitir que voces antiguas vengan a empañarlo. Debemos asumirlo sin miedo alguno y con la mayor alegría. Proponernos esa nueva y central «profesión» de vida: volvernos de arriba a abajo hedonistas de ser, cómo no.

Y ocurre que la única manera de conquistar ese legítimo hedonismo es enamorarnos muy a fondo del mundo en el que estamos, y en particular de su entorno donde se desarrollan nuestros días. Un amor que debe nutrirse del contacto de cada momento con las cosas que tenemos alrededor: esa planta que ahí está, recibiendo el sol de la mañana; esa pieza de cerámica que compramos porque nos encantó; esa ráfaga de luz que vemos desplazarse; ese bichito que por ahí anda revoloteando; esa comida que nos deleita; esa persona que nos arrebató; esa música que nos ponemos a escuchar...

Y si sabemos mirar el mundo como es debido, caen por tierra todas las recusaciones que los sentidos han sufrido a lo largo de la historia. Si sentimos al mundo sano, limpio, santo, ¿qué nos importa que los sentidos sean los portales hacia el erotismo y la carnalidad, que hoy valoramos con otro espíritu tan diferente al tradicional y enfermizo? ¿Qué nos importa que los sentidos no sirvan para el conocimiento científico, si no es eso lo que pedimos de ellos? ¿Qué nos importa que los sentidos nos arraiguen a este mundo, si eso no significa para nada renunciar al otro, trascendente, que pudiera haber?

Yo creo firmemente que, por fortuna, estamos yendo hacia una reivindicación definitiva de los sentidos. Tal vez por primera vez los aceptaremos con alegría, sin prevenciones

descolocadas, y los podremos sentir por fin aliados nuestros, capaces de ligarnos, no a la trivialidad de la experiencia, no a un ser de superficie, sino a nuestra dimensión trascendente, para alcanzar la cual los sentidos serán, muy dichosamente, los ventanales (o ventanitas) insustituibles.